

Por el Sr. Dr. Dn. Angel León Carvajal

**Bolívar desde los puntos de
vista sociológico, político y
jurídico.**



(Continuación)

ÁREA HISTÓRICA
DEL CENTRO DE INFORMACIÓN INTEGRAL

Bolívar desde los puntos de vista sociológico, político y jurídico

CAPITULO II

Influencia del Libertador en la Independencia suramericana

«El genio recibe la iniciativa de la nación y de la raza», dice Bobio. Veamos si en los caracteres del genio bolivariano pudo verificarse esta aseveración. Para conseguirlo ha menester considerar el estado social de la colonia en sus manifestaciones más importantes, frente a la acción político administrativa de la España de entonces, sin hacer abstracción de las actividades de Bolívar en el lapso emancipador, toda vez que la índole de los hechos y acciones de un hombre contribuye a determinar una inteligencia, más o menos clara, sobre la calidad de sus concepciones.

Ya he demostrado hasta qué punto fue original el movimiento de nuestra emancipación, a virtud de la peculiaridad de sus caracteres, de la individualidad de los pueblos que la produjeron, y además, por razones etnológicas, sociales e históricas. En efecto, el sentimiento de liberación, inherente a las aspiraciones de toda entidad racional, no tuvo expresión real tan solo, según sabemos, en el período memorable de que arranca el desarrollo de los hechos libertarios. Los anhelos de libertad de los suramericanos provenían de muy lejos: pues

si no trascendían al exterior en forma categórica y franca, denotando el sentir de los países indo-hispanos se debió, acaso, a la falta de vulgarización de los mismos de parte de sus agentes, sea por el riguroso control de la Metrópoli, sea por la natural timidez en muchos y sea, especialmente, por la carencia de medios adecuados al objeto. Por cierto las sociedades coloniales se hallaban en el caso de toda sociedad que evoluciona: y, a pesar de los recursos negativos que obstaban el curso de su desarrollo, la idea de emancipación, tomaba arraigo profundo en el corazón de los pueblos, siguiendo el impulso fatal que los acontecimientos de España imprimían a nuestros países: el procedimiento de las autoridades secundarias de la Real Corona: la falta de comunicación inmediata de los pueblos coloniales con el Gobierno Central: la codicia extrema de muchos peninsulares y su no corto egoísmo exasperaban el ánimo de los criollos contra la secular coyunda: y así, pues, la psicología colectiva de los dominios españoles contenía elementos de manifiesta predisposición contra aquel estado que los mantenía subordinados a España.

Hubo también causas que, en la constitución social de cada pueblo, no pudieron menos de obrar en el sentido de la transformación política del continente. Los sacudimientos hondos que determinan cambios totales en el vivir de las sociedades, que conmueven las entrañas de los organismos políticos, persiguiendo finalidades de un orden superior, no suceden de improviso y sin antecedentes y causas que implican un lento trabajo de elaboración: necesariamente constituyen efectos de lentas, pero profundas preparaciones; pues la acción de la ley evolutiva es ineludible en las sociedades que envuelven virtualidades de progreso. Si bien es cierto que los historiadores relatan que la colonia desenvolvía su vida con suma quietud y apasibilidad, los conatos de independencia no eran escasos.

Por ende, la lucha emancipadora debió venirse gestando desde muy atrás y tomando proporciones muy grandes en la conciencia colectiva de los diversos países suramericanos: pues los movimientos subversivos que ocurrieron en varias épocas no eran tan aislados, que no dejaran huellas imborrables del ardor y la protesta contra la Metrópoli en la memoria de las demás generaciones. Acaso fueron motivo del aceleramiento con que conspiraron todos los acontecimientos para

la gran guerra de redención. Si hacemos cuenta que la tradición no es solo fuente suministradora de los hechos pasados, si no aguijón invisible que punza en el sentimiento de las naciones, fuerza que instiga a obrar e influye en el modo de vida de los pueblos, hemos de convenir que los conatos de separación de España transmitidos mediante la misma, fueron una de las tantas causas que prendieron la hoguera libertadora en el sentimiento de nuestros patriotas.

Los mismos factores que solían dar origen a tantas insurrecciones venían concretándose en la mente criolla con caracteres más definidos en la generosa idea de liberación: y así es como se puede estimar en el concepto de verdaderos actos preparatorios de la emancipación, al levantamiento de los comuneros del Socorro, a la famosa insurrección de Tupac-Amaru, a los varios conatos revolucionarios suscitados, en diversas épocas, en la Presidencia de Quito: a las enérgicas manifestaciones en Caracas, contra la Compañía Guipuzcoana, etc. Los actos del pasado repercuten inevitablemente en el presente. ¿Cuántas veces a éste nos lo explicamos buscando en el pasado antecedentes y hechos que, aunque remotos, constituyen la clave de varias de sus manifestaciones complejas y difíciles? Por algo se ha dicho que la vida actual está llena del pasado. Entre estas dos fases de la vida humana se desenvuelven innumerables fenómenos de causalidad, cuyos efectos se resuelven en matices y caracteres que individualizan a una sociedad.

La guerra de la independencia estaba llena de la protesta que en los trescientos años de coloniaje produjeron el desdén y la codicia, la política y administración de efectos negativos de las autoridades secundarias de España. El avasallamiento despiadado de éstas que no guardaba conformidad con la intención alta y generosa de los Monarcas y el Real Consejo de Indias, con respecto a sus dominios, despertó el odio y el recelo en los súbditos suramericanos.

El miramiento humano y sagaz de los magistrados supremos: sus leyes sabias, hasta cierto punto concebidas con sanas intenciones y tendientes a conseguir el bienestar de los pueblos ultramarinos, nada significaron ante esa suerte de tiranuelos que, con los nombres de virreyes, capitanes generales, presidentes, etc., vinieron a llenar su ambición a costa de

la dura brega y del amargo penar de las clases envilecidas y aun de las altas que integraban la sociedad colonial. No fue corta la participación indirecta de España, fuese por la mala administración de los suyos en América, fuese por la acción política contraproducente ejercida con tanto desatino, en el instigamiento hacia la emancipación: con mucho contribuyó a acelerar los negocios que, de por sí, corrían rumbo a estallar en el pronunciamiento definitivo. Luego la estrechez económica a que llegaron los pueblos a virtud de tantas formas absurdas de impuestos, gabelas, contribuciones señoriales, y la manera injusta con que ejercía España los monopolios dieron lugar a las más cálidas efervescencias por las ideas de libertad.

No fueron escasos los recursos de evolución. Ese como descontento general propagado en toda América, acaso, como un remoto signo de la tendencia reivindicatoria del territorio, divulgada por los principales protagonistas de algunos movimientos ya enunciados, que se creían descendientes directos de los primitivos y verdaderos dueños de las tierras conquistadas, o, acaso, también como una expresión real del sentimiento jurídico de propiedad nacido de la adaptación, era ya un anuncio evidente de que la parte pensante de la colonia buscaba emanciparse. Además, el sentimiento de la autonomía, expresado desde antiguo, y que, a mediados del siglo diez y ocho, empezó a definirse, indicaba que la nacionalidad había tomado hogar y asiento en cada país colonial.

De suerte que estas modalidades sociales, en fuerza de la lógica de las circunstancias, comunicaban a la colonia nuevas corrientes de vida, nuevas orientaciones, sólo que éstas habían menester de una dirección superior de pensamiento y de acción, de una gran fuerza que reconcentrara todas las energías sociales dispersas, para garantizar la desenvoltura y el desarrollo eficientes. La manera de acción de esa gran fuerza orientadora y ordenadora: el influjo de su intervención en el desarrollo de los acontecimientos relativos a la emancipación suramericana: los resultados de su obra: la magnitud de sus hechos: en una palabra, cuanto concierna a la actuación del Libertador durante la formídatele conmoción bélica, en el período de la epopeya libertadora, cumple averiguar en esta parte.

Nadie supo interpretar su medio social como Bolívar: nadie oyó mejor ni entendió mejor la voz del continente co-

mo él: nadie sorprendió con más tino y acierto las pulsaciones de la vida colonial: ningún hombre sintió tanto como él el ardor de la protesta que, emergida al cabo de trescientos años, del corazón de los pueblos oprimidos, era la llama en que se abrasaba el alma bolivariana, para depurarse de toda consideración personal, abstraerse de todo miramiento propio y dedicarse todo él, múltiple, enorme, y puro, a la tarea de redimir. Sobre manera descuella una particularidad en la obra bolivariana: y, es, el don de unificación, de imprimir unidad y acierto en todo: ese mirar ilimitado, que le distingue, al través de grandes distancias, coloca en orden las cosas desordenadas: acierta con todas las energías sociales y las sitúa en su verdadero punto de vista: desbroza los campos por donde afluyen, en ímpetu y con ardor, las corrientes sociales hacia la grande y compleja finalidad que persigue. El necesita libertar, concordante con las exigencias del medio en que aparece: por esto su vida constituye el factor por excelencia en la ejecución de la tarea, en que todos los pueblos ponen empeño: en la realización de ese como sueño divino que pone en arrobamiento a los espíritus dilectos y que meten brazo a la empresa, pero cortos de alcances y pobres de arrestos gigantescos, no hacen sino enredar la trama, trabucar la obra sublime en sus comienzos.

El carácter eminente social de la conducta del Libertador demuestra la conexión lógica y espontánea de todas las fuerzas que impulsaban la evolución americana hacia la emancipación con su vida, que también es fuerza, pero de las mayores, de las que suelen impulsar hacia el orden y armonía: es energía y poder que balancea a las que brotan de la constitución social del continente, valiéndose de la visión luminosa de los fenómenos y del método organizador que le distinguen desde que asoma irradiando fulgores desconocidos en todas direcciones y hacia todos los confines.

Desde que actúa en público, el modo con que asume su responsabilidad es único y distintivo. Ninguno toma las cosas tan a pecho como él, cuando atañen a libertar y crear Estados. De los intereses que afectan necesariamente, a su persona, a su bienestar, a su ventura, en ningún instante toma cuenta: su yo tiene que ver sólo con el yo social, porque conoce interiormente hallarse ligado, todo entero, a la suerte de algunos millones de esclavos: que sus recursos personales,

sus medios y facultades deben emplearse exclusivamente en cuanto fuese poner en ejecución la obra libertadora: que su destino está identificado al destino «de las cuatro partes del globo». Lo extraordinario recama su vida con hebras y matices de infinito: al través de sus palabras habla toda América: en los fueros de su conciencia late y tiene vida la conciencia del continente: en los gritos de su alma se oyen los de los hombres que buscan libertarse: en su corazón quema la llama que abraza a los apóstoles, a los mártires, a los héroes, a los santos, a los tribunos, a los patricios, a los egregios, a los impolutos, a los verdaderos ciudadanos que preludiaban cantando el aproximamiento de la era nueva, sellada con el verbo del genio y eternizada con el más bello poema heroico que ese mismo genio cinculó en los valles y en las cumbres, en los océanos y en los mares, asperjando victorias y suscitando Estados allí donde era asentado el avasallamiento.

Busca un espacio que a otros héroes fatigara, y él no siente terror a las distancias incommensurables que a las más grandes figuras históricas atormentarían, precisamente porque su destino le anuncia la enormidad de su misión: por eso cuando departió, largamente, con Humbolt sobre la suerte y situación de los dominios de España, no le preguntó quien libertaría a Venezuela, sino quien emanciparía a América: cuando contrajo el compromiso celeberrimo, ante el Dios de las edades, ante el de sus padres y ante los manes de los patricios de la Roma antigua, de constituirse en libertador, claramente, definió que lo sería de todo el continente.

Se sintió agitado por un rumor persistente, mediante el que, acaso le hablaban las fuerzas naturales: se sintió torturado por una voz muda pero inmensa en la que la naturaleza le advirtió las cualidades de que estaba dotado, para construir y demoler.

En los instantes en que el Libertador aparece aislado, solo, rodeado de solemne silencio y sin labio humano que le hablase, demuestra que suele acompañarse con el íntimo solaz de su alma; de un ser que le conversa al amparo de la mudez de la soledad: es con su genio que, investido de los poderes y extraordinarias de la naturaleza, a la luz de los resplandores de su clarividencia, le delata la calidad y extensión de la tarea que Dios ha puesto sobre sus hombros.

Nadie, ningún personaje histórico pudo, como Bolívar, adquirir con tanta lucidez la noción de su destino; y, por con-

siguiente, la noción de cuánto habían de valer sus actos, como tributo ante el Dios de América, en obsequio de la libertad: esto es, en rescate de una civilización y de una gran copia de felicidad que le suministraría al universo. Se mide, se examina, poniendo a prueba sus capacidades y deduce que el gigante, de cuyo aparecimiento desconfiara ante Humbolt, se denunciaba, con resplandores celestes, en los recursos de su espíritu, en su cerebro, en su corazón y en su brazo, hecho para volcar continentes carcomidos y suscitar otros purificados en las aguas de su propio corazón.

Por las dotes que expresa en público, por los hechos que realiza, por la finalidad que persigue, Bolívar, es genio social: es la suma de los anhelos y aspiraciones de los pueblos vinculados por idénticas corrientes etnológicas: es el predestinado en términos de los clásicos, y que, para nosotros, será el símbolo de la redención y el mágico talismán que mueva siempre a justas de patriotismo, contra los mercaderes de la Democracia.

Es don de no vacilar un segundo cuando es de obrar en bien social y de aplicarse, sin reservas, a toda labor de humanización, a trueque de todo sacrificio; no es cosa que dijera relación con ambiciones de gloria personal: es efecto irresistible del carácter y facultad de socialización que distinguen a los hombres extraordinarios. Esta actitud eminentemente social que advertimos en el Libertador, de guerrero indomable, fogoso, inquieto, que vuela de Caracas a Colombia: que recorre de uno a otro sitio, sembrando el imán de su alma, donde el letargo amenaza ruina: que tramonta los Andes, contrarrestando los fríos glaciares de las nieves con el ardor de epopeya que fulge de sus legiones: que entra en Venezuela y de nuevo torna a Colombia; haciendo en todos los lugares méritos para actos heroicos que engrosen a las glorias de América: que, cuando sale del Continente, la opinión pública proclama el desastre de la guerra libertadora; que organiza expediciones con puñados de titanes y ejércitos haciendo milagros: que busca rescatar a América de la opresión ibera ya en Kinston, ya en Haití; ese hombre cuya actitud socializadora por excelencia, se encaminaba por doquier a producir obra humana, en beneficio común, de solidaridad, no pudo ser sino resultado de una conjunción suprema que el destino y las fuerzas y energías sociales de América tuvieran

en algún instante solemne, en que la naturaleza se pronunciaría contra la injusticia de los hombres, contra la obra de los gobiernos secundarios de España que vinieron a medrar al través de las lágrimas y el dolor, so pretexto de señores, contraviniendo, reiteradamente, durante tres siglos, todo linaje de leyes, limitando, sin ninguna justificación, las atribuciones racionales, reduciendo la dignidad a servidumbre y el pundonor a menosprecio.

No comprenderíamos bien la actuación del Libertador, si no partiéremos del convencimiento que entrañaba un haz de fuerzas que, junto con las demás de índole social, llevó a cabo la transformación total de América. Como genio social determinó el cumplimiento de leyes históricas ineludibles. Su ascendimiento al rol de los hechos de la independencia, orientando los negocios y encaminándoles hacia una misma finalidad, hace comprender que todos los movimientos sociales de carácter trascendental, que renuevan las sociedades, mediante sacudimientos que las cambian desde sus bases, iniciando nuevos períodos, traen necesariamente, para el momento de las culminaciones decisivas, esas fuerzas geniales, impresas en la psicología privilegiada de un poderoso ser individual o colectivo. No se desenvolverían, las profundas transformaciones, en un sentido determinado, siguiendo la ruta regular de evolución lógica, sin un cerebro poderoso que oriente, sin una voluntad acerada que dirija, sin un espíritu que emerja luz en las sombras de las conciencias colectivas, e irradie corrientes fraternas e imprima unidad y eficacia.

Nuestra emancipación, a sus comienzos, estalla por cuenta de las juntas patrióticas, de algunas sociedades compuestas por fervorosos ciudadanos que creen en los postulados libertarios, pero como cada cual concibe a su manera y obra por su cuenta, aquella no tiene orden, se desorienta siguiendo rumbos descompasados y diversos: y todo es porque falta una voz y unas miradas que hablen a las multitudes con el verbo de verdadero predestinado, y sugestionen con un mirar de fuego a las mentes que se debaten en un afán de hacer sin rumbo esclarecido.

El entusiasmo unísono que se despierta después en todos los pueblos al conjuro del ideal emancipador, el consentimiento unánime de las sociedades para someterse a la acción, una y poderosa de un árbitro, y la invaluable efectividad con que

éste llena la confianza de aquellas, así como el lucimiento con que satisface a las aspiraciones colectivas, estableciendo severa disciplina y admirable concierto en los ejércitos y en las multitudes, dan la medida de cuánto influyó Bolívar y de cuánto hizo, para reencauzar las fuerzas revolucionarias. ¿Acaso no vemos reflejarse una admirable armonía en el proceso evolutivo del gran hecho social que me ocupa, no obstante la variedad inmensa de episodios heroicos, y el lujo de proezas que, en los diversos aspectos de la obra libertadora, ocurren, dando luz al hermoso conjunto de la epopeya? Hagamos abstracción de la participación de Bolívar, por un momento, y veremos que el caos cobijará con su dosel de absurdos y desconciertos. El nombre del Libertador simboliza no sólo la fronda de maravillas y heroicidades que surgen en la independencia, como un poema de semidioses, sino el primor de las infinitas bellezas de la unidad y del concierto que su genio supo comunicar al valor guerrero de sus capitanes.

En la segunda mitad del siglo XVIII se aceleró y pronunció mejor la acción de la variedad de causas sociales que venían preparando la lucha por la separación de España, hasta que, a fines de esa misma centuria, las cosas dispuestas al estruendoso estallido, no esperan sino al espíritu afín que las interprete y utilice. Entonces tantas aspiraciones, tantas esperanzas, tantos anhelos, tanto fervor bélico, junto con el sentimiento de solidaridad fraterna se resumen en el espíritu bolivariano, que vendrá a hacer tribuna del continente, para pronunciar el verbo de la libertad en habla flamígera que enciende y trueca en cenizas a la ergástula ibera.

Desde que empieza a servir los votos patriotas bajo las órdenes de Miranda, en 1812, no desconoce que su misión es la de arremeter contra la esclavitud de muchos pueblos. En esta revolución halla coyuntura para conocer los hombres, sus fuerzas, sus capacidades. Comprende que su rol de operaciones es muy alto y está arriba del de todos, y que las cosas así como las voluntades deberían colocarse a discreción de la suya: y enterado de su destino, se arma caballero, con la armadura de su propio cerebro y de su propio corazón, para quebrar lanzas en lides que admirarán los siglos, y para hacer cuartos a gigantes en quince años de bregar sin tregua.

En esta suerte de estudios no se puede prescindir del conocimiento de los caracteres etnológicos, ya que la colora-

ción y matices que determinan la individualidad de los hechos sociales, proceden en gran parte de propiedades étnicas. Ese como arrebató que significó la conquista llevada a efecto por los conquistadores de España, y que, hasta cierto punto, entrañaba verdadera contravención de los principales principios de la justicia jurídica sobre la propiedad: ese despojamiento cuasi inhumano que perpetraron contra el aborígen, dueño y señor sobre sus tierras; ese degollamiento desmesurado, efectuado por cálculo y a merced de la codicia, hicieron nacer arraigado y eterno rencor colectivo en el indio, que inerme e indefenso, no encontró, en su inmensa desesperación, otro recurso que prometer odio y lanzar anatema eterno contra el blanco usurpador. Sin este preámbulo de injusticia y de sangre con que encabezó su historia político-administrativa nuestra madre patria en América, no nos explicaríamos esa cualidad retraída y desconfiada, de temor, de tedio y abandono que caracteriza a la raza aborígen. Fue tanta su impresión, tanta su venganza, ante la masacrada que se realizó contra sí, que en el mismo grado intensos, y en el mismo grado fuertes pasaron a sus generaciones: ahora el indio, instintivamente, siente aversión al blanco. ¡Tiene razón! Pues bien, esa sangre del indio puro que, mezclada con otras de origen europeo, africano, etc., pasó a circular entre las familias criollas, no dejó de producir los efectos inherentes a su especie: y así, las efervescencias contra la Península, tenían notable repercusión también en las gentes de las clases bajas. En medio de la apacibilidad e indolencia, esos elementos, acechaban la hora, el momento de separarse de aquélla. La concurrencia de distintos caracteres etnológicos en los nativos de la América española, quizás, fue razón para atenuar la odiosidad que alimentaba el indio puro: en cambio, si no por desafecto exclusivamente, a virtud del sentimiento de dominio en orden al territorio americano, en cambio, por la ambición y apego que despierta la adaptación y convivencia sobre el suelo, los nuevos pobladores, vinieron a coincidir, en sentimientos y aspiraciones, con el indio. No fueron extrañas en los distintos países coloniales. Los conatos de independencia, tienen origen, de ordinario, en el seno de la plebe. Casi nunca salen a luz por alguna iniciativa de la aristocracia. Nuestro historiador, respetabilísimo, el señor doctor González Suárez hace relación de la manera cómo se desarrolló la revolución de 1775 en Quito. Admira, en efecto, el avance de

las concepciones de los agentes de ese movimiento, que pretendían separarse de la madre patria, para organizarse en estados independientes, bajo el amparo de alguna nación amiga. Ese sentimiento, no muy claro, relativo a emancipación que demuestran los criollos, alegando sus derechos de prioridad y pertenencia sobre América, toma esta vez, en los revolucionarios quiteños, caracteres más definidos, sí porque su ideología es más concreta, sí porque sus pretensiones denotan más alcances en orden al concepto que tienen de sus facultades para su autodirección política. No expresan ese como reclamo tácito de sus dominios, exhibiendo al exterior la aversión impulsiva y el odio instintivo que en otras circunstancias manifestaban contra aquel a quien creían engreído y despótico: los fundamentos de sus reclamos los expresan en conceptos y en pensamientos jurídicos, deslindados de las afecciones de odio y desconfianza de antaño: piden gobernarse con libertad, independientemente de todo extraño y con sujeción a las leyes propias.

La administración la reclama para «sus paisanos y no para los chapetones». En Venezuela, los trabajos encaminados a la emancipación, demuestran un proceso psicológico muy adelantado; pues, de las ideas y aspiraciones meramente imaginarias, han pasado a la ejecución de lo pensado. Este fenómeno, con variaciones e incidentes peculiares, se produce casi en toda América. Lo que indica que en el fondo de tanta apacibilidad y calma de que nos hablan algunos historiadores, el desarrollo libertario, aunque lento y casi invisible, era efectivo. No podemos negar, de consiguiente, la acción tenaz y persistente de las muchas causas de índole social en el seno de las sociedades coloniales. Sabemos que el orden económico predispone a todos los cambios. Diríase que constituye el factor, por excelencia, en el desenvolvimiento de la sociedad. Cuando actúa mueve a todos los elementos que implican energía y fuerza: y como todas las manifestaciones y corrientes sociológicas guardan entre sí completa correlación, lógicamente, se concluye que el factor económico, auxiliado por la acción y empuje de los demás, desarrolla e impele a las sociedades, fatalmente, a buscar su renovamiento en las hondas sacudidas y en las profundas transformaciones.

Desde el advenimiento de Carlos IV, el aspecto económico general de la colonia, se tornó difícil y tirante. Impuestos, gravámenes, privilegios, monopolios y contribuciones, in-

clusive esa serie de leyes hacendarias inconsultas, limitaron la vida de los pueblos a un estado miserable. Lo cual, lejos de enervar los ánimos y las energías, servía de acicate para despertar efervescencias y hostilidades contra quienes creían los defraudadores de su calma, bienestar y seguridad. Casi toda la propiedad en manos del clero: los empleos de alguna categoría servidos, exclusivamente, por españoles europeos, que tenían el prejuicio infundado de su valer y superioridad sobre los nativos: los indios puestos al margen de todo miramiento administrativo, y sujetos a toda suerte de calamidades y desdichas, ciertamente, eran prácticas y maneras para exasperar, despertando anhelos de separación, en el ánimo de los americanos.

Luego el odio y el rencor mantenidos latentes en el fondo de las conciencias colectivas, encendían vivamente la llama que abrasaba todos los pueblos que, a medida que avanzaban los tiempos, adquirían nociones más claras de la dignidad personal. En tres siglos de vida, la mezcla de razas llegó a determinar una sola: la raza americana, la que, junto con la aborígen, abrigaba sentimientos definidos de autonomía. Así mismo, la adaptación y la convivencia que engendran el sentimiento jurídico relativo al territorio, carne y espíritu de la nacionalidad, contribuían a la acción evolutiva del continente, con enérgico impulso.

Como se ve, el desenvolvimiento hacia la libertad, era seguro, con solo que, la acción de las fuerzas que imprimían movimiento a la sociedad colonial, no era decisivo: es decir, no era suficiente a poner a los pueblos en estado definitivo de emanciparse. Eran energías que requerían, para llevar a término ese movimiento social, una alta inteligencia que acertase a manejarlas, comunicándoles orden, regularidad y precisión: que tuviese visión poderosa y profunda, para otear en los remansos de la psicología colectiva, utilizando lo que fuese utilizable, economizando energías, para evitar los desperdicios en la algarabía y el desconcierto.

Las fuerzas sociales que actúan al acaso puede comunicar movimiento a una sociedad; pueden aún acelerar ese mismo movimiento; pero llega a cierto estado en que, el desorden y el desperdicio, menoscaban esa actuación, y la corriente ordenada del movimiento se desborda. Lo que ocurrió en Venezuela y en otros países de la colonia, a partir del año 10, hasta cuando aparece en escena el Libertador, demuestra cla-

ramente, que los negocios sociales que no son dirigidos por un pensamiento superior, necesariamente, van camino del des concierto. El mismo fervor despertado al unísono en las sociedades había menester de una dirección superior: pues, que de otra suerte, habría de trocarse en factor negativo, a la postre, si recordamos que el fervor social llevado al extremo, se resuelve en una desconcertante confusión de ideas y pensamientos, donde nadie se entiende. Ni jefes ni subordinados; ni ejércitos ni civiles: ni los demás órdenes sociales hallan concierto y efectividad en el plan y en la ejecución de la obra de que se trata. Así aconteció en la alborada de nuestra emancipación: mientras estallaba el entusiasmo patriótico entre campanadas, himnos, abnegación y sacrificios; ardor bélico y raptos de alegría, el ejercicio de ciertas cualidades que asegurarían el éxito de la finalidad que perseguían, mediante severa disciplina y concierto: el uso de la sana razón y del juicio recto, eran algo menos que imposible. La reflexión tocante a negocios de trascendencia requiere calma y serenidad: y una atmósfera caldeada por pasiones desbordantes la inficiona, cuando no procede de esas altísimas personalidades que dominan el ambiente, con esa fuerza moral irresistible que les caracteriza. Y, si, en los grandes trastornos sociales, no existen esas entidades de orden superior, las cosas irán camino del fracaso.

ÁREA HISTÓRICA
DEL CENTRO DE INFORMACIÓN INTEGRAL

Si bien no escasean hombres preparados para el pensar y ejecutar; si bien, el lapso emancipador se inicia abundando en notables virtudes públicas, entre las que descuellan la abnegación y el sacrificio: si bien los sucesos que ocurren en Europa, vienen a tiempo para acelerar los negocios de la independencia: si bien, en fin, el momento en que se han pronunciado por la libertad los patriotas americanos, es oportuno, hay algo, con todo, que falta y algo muy grande, que, sin él, los acontecimientos seguirán rumbo funesto, hasta desbordarse en el caos que las pasiones enardecidas le tenían preparado.

Ocurre, de ordinario, que el pensamiento y dirección concernientes a los movimientos que afectan a hechos sociales de suma importancia, corren de cuenta del elemento pensante, de las minorías ilustradas: en nuestro caso, aunque los conatos de independencia acaecidos en varias épocas brotaron del pensamiento plebeyo, hacia el año de 1810, los negocios corrieron a cargo de los hombres de valer y de pensamiento. En

este período tomaron la dirección del aspecto político y de la guerra las gentes ilustradas. Lo cual hace deducir que talento, resolución y valor, no entrañaban el grado luminoso y la fuerza irresistible, para estrechar las pasiones al rol necesario y legítimo, que requiere el desenvolvimiento regular: no tenían la visión lejana y profunda del genio que suele aprovechar todas las fuerzas sociológicas, en la extensión y potencialidad que sus altas facultades organizadoras creen conveniente.

El genio que viene ligado a esas épocas propicias a los cambios trascendentales y decisivos, en los principios de la independencia, existía ya, pero la voz del destino no le anunciaba su misión: entonces las cosas seguían su curso ordinario, sin orientación fija; y si tanta era el ansia de libertad, cuanta hubo sido la opresión de antaño: la avidez de conseguir la finalidad, acariciada como única ensoñación desde luengos años, se apoderó de todos aquellos que comprendieron la intensidad de los momentos que vivían: y, entonces, con mayor razón, se complicó el caos social. Desatadas las amarras del prejuicio a favor de la monarquía; rotas ya las ligaduras de temor y desenvuelto el ambiente: salidos todos los elementos de su limitadísima esfera de acción durante la colonia, sin ninguna atribución de obrar, sin amplitud de pensamiento, se creyeron absolutamente libres para el hacer y el pensar, con facultades ilimitadas para toda dirección: y, a esta guisa, se truecan, de súbito, en directoras de todos los negocios y en árbitros de las cuestiones públicas. No hay miembros a quien mandar, ni gobernados a quien dirigir. Todos dictaminan, todos acuerdan, por lo que no consiguen resultado ni acierto: buscan improvisar ejércitos, pretenden discernir formas de gobierno a sus países, dar nueva forma a las diversas constituciones hacendarias, y no lo consiguen; el bizantinismo, como una nube espesa preñada de relámpagos, que anuncia borrascas y tempestades, despunta en los horizontes, asombrando las mentes y entorpeciendo las discusiones.

No hay aún el hombre que domine la algarabía; que domine tanta anarquía de pensamiento, que fuerce al ambiente a tomar el curso regular de la evolución lógica. Excepción hecha de varios lucidos espíritus que sirven la causa patriota con abnegación de apóstoles y resignación de mártires, hay individuos que, de propósito, contraponen opiniones y pensamientos, que luchan no por el ideal sino por sus intereses: en resumen, la pluralidad y contraposición de intereses, pen-

samientos, desacuerdos, junto con pasiones desbordantes anuncian una verdadera catástrofe. En Nueva Granada, instante por instante, se suceden golpes fatales, se deshace lo hecho a costa de sacrificios y penalidades, porque antes de concurrir a la realización de la finalidad máxima que se propusieron al principio, las provincias se dividen, suscitándose, en la egregia sociedad granadina, la creación de partidos que asoman como una hidra, declarándose guerra a muerte. De suerte que, en los momentos que más requieren acuerdo de voluntades, de acción y de pensamiento, todo género de calamidades toma hogar entre los defensores de la libertad. Cundinamarca reta a Cartagena, ésta le vuelve disparos de cañón. Y todo, porque los unos quieren la federación y los otros ambicionan el Gobierno central.

Entre tanto la reconquista, que llamaban los españoles, era tan factible, que llegó a ser inminente. En Venezuela, a fines de 1812, no eran menos peligrosos los acontecimientos, para la causa patriota. Después de la capitulación de Miranda, la opresión de antaño, empeorada con el despertamiento de venganzas y crueldades, volvió a cubrir de oprobio la patria del Libertador. Los hombres que actuaron en los primeros momentos, concuerdan, en efecto, en orden a la trascendencia de la finalidad, pero en cuanto a los medios para realizarla, discrepan en lo absoluto: y no solo esto, sino que, no obstante la existencia de tanto talento y tantas aptitudes, nadie atina con la complejidad y magnitud del instante que viven. Antes de concluir el asunto primordial consistente en la extirpación del elemento realista, diéronse a discusiones políticas estériles, malgastando tiempo, entusiasmo, energía y la decisión de muchos para efectuar el hermoso ideal libertario. En definitiva, esta conducta desarreglada, no hace sino debilitar la opinión común hacia el pensamiento emancipador, introduciendo desconfianzas, temores y desilusiones.

Si por una parte los negocios de la patria vienen a las manos de sus directores, no hay la sagacidad indispensable para aprovecharlos. Dejan pasar las circunstancias propicias a la unificación de criterio de las masas, por la propagación del entusiasmo despertado al primer grito de libertad, tan sólo por dedicarse a discusiones vacuas. La era nueva anunciada por los precursores, la recibieron con acendrada simpatía los pueblos, que, desde entonces se compenetraron mejor del valor de la patria y de la autonomía. A cuya virtud sentían

fervor por las nuevas ideas y se predisponían a todo linaje de sacrificios: pero la acción contradictoria y el naufragio del pensamiento ante la irrupción de pasiones irritables e insanas, vuelve [las cosas a su estado primitivo, con la agravante de que, los españoles, desconociendo toda ley humana, se entregan a los manejos más oprimentes y terribles para la República. Las luchas de partidos, cuando a la sazón, la América debió, una e indivisible, manifestarse fuerte ante el enemigo: las discusiones políticas, cuando en el continente, los elementos más destacados, no debieron sino dedicarse a la tarea de libertarse, tornan imposible todo entendimiento recíproco entre el elemento actuante, en orden a la manera cómo debería llevarse a cabo el ideal que se propusieron entre cantos patrióticos y al amparo de una sagrada conjunción de espíritus.



Era lógico que las fuerzas sociales, que hemos visto venían actuando, ante el procedimiento estrecho de las minorías, ante el apareamiento de tantas y tan bajas pasiones negativas: egoísmos, venganzas, codicias, vanidad, etc., sufriesen fuertes quebrantos. Una de ellas, la nacionalidad, aunque incipiente en su delimitación, entonces, no encuentra espacio para su esparcimiento: las escisiones públicas de los dirigentes, la hacen venir a tierra: ese laberinto inextricable de opiniones, ambición de mando, deseos y pensamientos contrapuestos: ese como naufragio de los espíritus ante las nuevas emociones que reportan el poder y la magistratura ejercidos de improviso, vinieron a producir un estancamiento de la evolución libertadora que, remotamente, denotaba seguir rumbo a la victoria. La corriente psicológica que constituye una de las principales fuerzas sociológicas en el devenir social, y que, en los tiempos de la colonia, ya dió demostraciones de haberse concretado en ideas, pensamientos y modales de afección, pasó a un debilitamiento extremo, cuando el caudillaje y las luchas de partidos debilitaron la intensidad y magnitud del fervor emotivo de las multitudes en pro de las conquistas de la libertad y del ideal de emancipación, a cuyo conjuro dieron el primer grito aquellos apóstoles que empurpuraron

la América virgen, con el sagrado licor de sus primeros sacrificios.

Todas las energías que hubieran conspirado al conseguimiento del fin que buscaban los hombres sanos y fervorosos, en el funesto período del año 12 hasta fines del 14, puédesse decir que se disgregaron unas, y ótras empezaron a seguir un curso caótico. El desacierto y la falta de unidad de acción, hicieron que en ese lapso de ingrata recordación, se notara, con más claridad y evidencia, la necesidad de una poderosa fuerza directora, a fin de que aprovechara todos los recursos que venían imprimiendo rumbo a los acontecimientos. La situación colonial, considerada desde el punto de vista de la posibilidad de separarse de España, no era desventajosa, habida cuenta de que hasta circunstancias históricas concurren en su favor, para que llegase a ser libre. ¿Qué se requería para que las sociedades americanas pasaran a ser autónomas? ¿Madurez, experiencia, riqueza, poderío, ilustración? ¿Prestigio y sabiduría? Estas son condiciones que, virtualmente, existen en las sociedades organizadas, y que ya se han adaptado a un territorio determinado. En este estado, los elementos de cultura y de progreso, no esperan sino la ocasión propicia para su desarrollo. Si, a la sazón, las sociedades hindo-hispanas, no entendían de los manejos administrativos y políticos: si no habían aprovechado los recursos económicos de sus campos y yacimientos: si las industrias y el comercio no fueron parte principal de sus preocupaciones: y si no entraron, de lleno, en una vida intelectual, científica, literaria y política intensa; era, como sabemos, debido a la limitadísima esfera de acción de que gozaban, y porque la subordinación de tres centurias no les permitió dar espacio al vuelo de sus capacidades.

No podemos sostener, sin equivocación, que los americanos no estaban preparados para ejercer por sí mismos su autoadministración: porque, según se ha visto, los requisitos para una vida política regular y ordenada, existían desde antes, sólo que, debido al desorden de los acontecimientos y a la confusión de ese período histórico, hallábanse dispersos y desorganizados. Y desde luego ¿cuándo se ha considerado prematuro el desarrollo de la dignidad personal en los individuos y en las sociedades? ¿Cuándo ha sido inoportuno conceder libertad al ser racional? Fuera de los tiempos en que se pro-

clamaba la esclavitud como institución legal, jamás se ha condenado la liberación de los oprimidos: y nunca se ha mirado como desatino el despedazamiento de la ergástula y de las cadenas que abaldonaban la razón. La libertad de pensamiento y de conciencia puede ser, como lo es, un gran beneficio, pero jamás un despropósito. Si hubiera sido de aguardar que la colonia adquiriese dotes que le garantizaran en el ejercicio de su propio gobierno, habríamos permanecido en esa inoficiosa espera por tiempo indefinido, porque el interesado en mantener subordinada a la colonia, acaso habría puesto mayor empeño en asegurarse sobre sus dominios. Debíó Suramérica emanciparse, porque la liberación le era conveniente por innumerables razones: por cada año de servidumbre sufría pérdidas inconcebibles, por cuanto el monto de tributación real, las restricciones desmedidas en sus actividades comerciales, la falta de cultivo de sus campos, la menguada utilización de sus fuerzas naturales y la lamentable ignorancia en que se mantenían las colectividades, excepción hecha de pocos individuos que constituyeron gloria del continente, significábanle positivo atrofiamiento, una postración que, a medida que transcurrían los años, el mal caminaba a empeorarse, con menoscabo de las juventudes y de las generaciones postreras que entrañaban ubérrimas virtualidades de cultura. La liberación de un pueblo nunca es a deshora: y la de la colonia indo-hispana resultó provechosa, fructífera y oportuna.

Parece que se hubieran dado cita infinidad de factores históricos, para acelerar nuestro movimiento emancipador. Los Bonaparte que se posesionaron de la Península, en uso de argucias injustificables, contraviniendo los principios más elementales de justicia internacional, ocasionan los hechos de Bayona, que prestan fundamento a los suramericanos, para alegar razones y causas que obraban a su favor, para separarse de la madre patria. Revisten sus hechos de insurreccionamiento con fórmulas legales, y se dan prisa en adelantar sus trabajos. No se les escapa que España, interesada en defenderse contra las legiones napoleónicas, tenía poco cuidado de sus dominios ultramarinos, en que había gentes que avizoraban, detallada y escrupulosamente, la suerte de vida interior y exterior de España, en acecho de las mejores coyunturas para su desligamiento.

Harto elocuente era el ejemplo suministrado por la América inglesa a las colonias españolas: estas se impresionaron

hondamente, y el paso adelantado por los hermanos del Norte, contribuyó el desvastamiento del sombrío baluarte de prejuicios que anquilosaban la mente criolla. Con este ejemplo y, mediante la acción constante y tenaz de los gérmenes de liberación contenidos en la constitución social de aquellas, la independencia era oportuna y necesaria en esos tiempos. Y, en sociedades cuyo sentimiento de libertad era innato; en un medio en que los ánimos estaban enfervorizados y predispuestos para toda suerte de transformaciones: en países donde el sentimiento jurídico del suelo, por efecto de la adaptación, se había desarrollado con caracteres determinados, claros y concretos; en países donde primaba el concepto de la intrasigencia y envanecimiento de los españoles para con los criollos, ¿hemos de creer que la independencia no sucedió en tiempo oportuno? Esta debió estallar como consecuencia necesaria de todos los antecedentes ya expuestos: debió aparecer como una manifestación espontánea del ardor y de la protesta que agitaban las sociedades en las postrimerías del siglo XVIII. De entre los muchísimos actos legendarios llevados a efecto por nuestros mártires de la independencia, debe merecer bien de las posteridades, aquél que consistió en el primer grito de libertad, porque revela lucidez y acierto en las concepciones de sus autores; honda penetración de los acontecimientos y perfecta interpretación del gran momento histórico que traían inquieta y agitada a la colonia.

Aquéllos que, pasado el impulso del año 10, se entregaron a desunir amistades, dividir sociedades, formar partidos, debilitando la opinión e introduciendo desconfianza: los dignatarios que, en mérito de sus ruines y fogosas pasiones, suscitaron bandos y caudillos: los magistrados que, por efecto de su carencia de visión clara y real de las cosas, comienzan a edificar Estados sobre cimientos meramente ideales y abstractos, substrayéndose a todo miramiento efectivo de la vida práctica: los menguados y ambiciosos que, antes de continuar, a todo trance, la obra libertadora comenzada, buscan cómo llenar sus apetitos desmedidos de poder y cómo proveer a sus logros personales: los tráfugas y traidores, todos, todos éstos que, con su labor plebeya, sentaron las primeras bases de la sombría bolsa en que se subastaban las conciencias en nuestras Repúblicas, hubieran sido responsables de la reconquista total de Suramérica y de su doloroso avasallamiento.

Por ellos habría vuelto a ser colonia, y los negocios que, a la sazón, eran propicios al establecimiento de la libertad, se hubieran tornado en elementos contrarios a la santa obra; por ellos los sacrificios cruentos ofrendados en ara pura, al fervor de la sacra oración de los libres, por los primeros apóstoles que lanzaron el primer grito, no habrían quedado sino para engrosar los acervos de nuestra tradición pero sin efectos definitivos. Pero felizmente, contra esta corriente de valores menguados, de fuerzas negativas, de elementos destructores, surgió el hombre que trae, desde los arcanos, recursos naturales, para regular sociedades, organizar Estados, fundar instituciones, expedir leyes, suscitar civilización, promover justas de pensamiento, disponer fuentes de cultura en el corazón de las naciones, a fin de que la esparzan por los ámbitos. Es la personalidad de Bolívar que se levanta iluminada en el horizonte de América, despuntando con una claridad y un fuego tales que refrescan las conciencias de los espíritus albos y puros, y queman y acaban con las almas apestadas de cáncer moral. Ese hombre que se comunicó con el alma de las edades y oyó las voces del Destino, delegándole la obra que deberá acometer más tarde, en las cimas del Monte Sacro: que trae luz en el corazón, luz en el pensamiento, luz en las palabras, luz en las ideas, luz en el espíritu y una llama celeste que le quema a todo él, vino al Continente, en tiempo que los mercaderes traficaban con el pundonor en pública subasta. Vino como un emblema, un símbolo, una encarnación de todos los dolores, de todas las amarguras, esperanzas, tormentas y agitaciones que conmovían el alma colectiva de los pueblos despertados a los acordes del himno libertario, cuyos ecos repercuten aún en las mentes de los patriotas impolutos.

Si en la historia humana hubo existencia más oportuna, vida más preciosa, hombre más necesario, para descifrar la suerte ambigua de un haz de pueblos, antes del aparecimiento de Bolívar, no sé. Lo que se me alcanza es que, dejando en su nivel sacrosanto a la apuesta y divina persona de Jesús, ninguna grande personalidad histórica acometió tanto trabajo y vino a la vida en tiempos más preciosos para efectuar obra de humanizamiento puro como el Libertador. Se ha dicho que ningún hombre es necesario: mas esta aseveración, de sentido universal en su extensión, no es absolutamente verdadera, en el fondo: si lo fuese, dejaría de ser re-

gla, por no admitir excepción: y, de este modo, es cierto que la historia demuestra, cómo vinieron ligados a determinados momentos sociales, ciertos individuos con aptitudes propias para dominar el ambiente, amoldarlo a su sabor y someterlo a su arbitrio. Los medios sociales que coinciden con semejantes momentos históricos, necesariamente, reflejan las modalidades de la gran entidad racional, a cuya acción están sometidos. Guardan consonancia con el carácter y el tipo del genio social que les domina. Y es que las ideas y el sentimiento colectivo que les caracteriza tienen que ver con la psicología y el temperamento de aquél, en calidad y en extensión: de aquí es que el genio y su medio social constituyen dos poderosos factores en las transformaciones decisivas: que se compenetran e interpretan, y la vida de los dos se vuelven esencialmente correlativas.

Sin Bolívar, la independencia, hermosamente iniciada, al empuje de la ardiente devoción cívica de los patriotas de Chacras, la Paz, Quito, Caracas y otras ciudades, en 1809, y de los mártires de las jornadas del año 10, no habría tenido desenvoltura feliz: los sucesos posteriores a los primeros movimientos confirman este pensamiento: acaso hubieran tenido un triste y funesto remate, a pesar de que en el medio social habían surgido recursos que afluían hacia la separación.

Desde mediados de 1814 los negocios de la guerra iban de mal en peor, hasta que a fines de ese año sombrío, una nube de espantos, fracasos y desgracias cubrió el suelo suramericano. De uno a otro confín las huestes iberas señoreaban nuestro territorio. El Occidente de Venezuela estuvo a discreción de las tropas realistas, y Colombia padecía la misma suerte. El Ecuador, Chile y los demás países seguían a Venezuela y Colombia en infortunio. Los contratiempos de la guerra, en todos los pueblos rebelados, coincidieron, por las causas que abundantemente conocemos: y, especialmente, por el inicuo procedimiento de unos, la temeridad de otros, el egoísmo de la mayor parte y por el flujo de algunos de querer dirigir aun las cuestiones más complejas con normas puramente abstractas e idealistas distantes de sentido real y aplicable. Mariño en Venezuela y Castillo en Nueva Granada, estando presente el mismo Libertador, estorban la sabia actitud de éste, obsecados por pasiones que prematuramente relataron a esos bravos varones, que empezaron la faena con arrestos de abnegados. Y como aun tienen influjo y valer

ante sus camaradas, sugestionan a sus tropas con ofertas deslayadas, dirigiéndoles por rutas contrarias al ideal que ellos mismos en otrora encarecieran. Pero Bolívar, frente a la tormenta, desafía a la muerte y, de entre todos esos capitanes pequeños por su porte, pero más pequeños por su orgullo, se agranda en ese lance terrible, se agiganta, haciendo ver, a esos profanadores de la patria, que la Independencia era él. A trueque de abnegación constante e inusitada y a despecho de todas las fuerzas contrarias que se le opongan seguirá, comenzará propagando el fuego bélico de su alma en todas sus huestes; impulsará el desarrollo de la guerra, hasta llegar a término en cumplimiento del juramento de Roma. Seguirá recorriendo, caballero en corcel de ráfagas, de cumbre en cumbre, de altura en altura, la inmensidad de tierras que él alfombrará, en homenaje de la humanidad, con victorias, que serán poemas, con batallas de que surgirán naciones, con heroicidades que serán el eterno florecimiento de la justicia y el espejo de héroes y lidiadores en faenas puras.

En ese interregno de oscuridad espesa, lo desfavorable de la situación, el aspecto funesto propagado en todo el ambiente, el amargo sentimiento de la derrota, el desaliento general y el feroz encarnizamiento con que cumplían su venganza los vencedores sobre el patriota vencido, desesperarían el ánimo de cualquier jefe que no fuese Simón Bolívar. A éste, la angustia suprema del momento, infunde bríos tales, que no parece sino que la misma naturaleza le acumulara zozobras y desgracias, para que mida sus fuerzas incomparables y ensayara los recursos que ella depusiera en sus manos, en circunstancias extraordinarias. Viéndole a Bolívar tan denodado y resuelto e inamovible en su convicción de triunfar, tan ardorosamente interesado en quebrantar el vallado que le oponían la naturaleza, los hombres y las cosas; viéndole tan sumiso a su destino de Libertador, tan listo a cumplir sus deberes y tan dispuesto a asumir con majestad, fiereza y gallardía las incalculables responsabilidades que se le vienen encima, instante por instante; viéndole en ese modo íntimo con que consuena su suerte con la de muchos pueblos, comprendiendo que vino ligado su destino al destino de América; conveniéndonos del consumado acierto en el manejo de la infinidad de negocios que, cuotidianamente, suele tener a manos; y, especialmente, comprendiendo que el Continente protesta y

encarna sus reivindicaciones en el verbo de Bolívar, no se colige sino que éste fue el resumen de todos los recursos que debieron venirse gestando a lo largo de los trescientos años de avasallamiento. Ningún genio representativo, ninguna figura histórica que haya tomado a su cargo una misión trascendental de humanizamiento, ha demostrado un carácter tan eminentemente sociable, tan eminentemente altruista y humano, concordante con la índole de la misión y finalidad que priman en el ambiente social, como el del Libertador, lo mismo en la multiplicidad de su obra, que en la universalidad de sus capacidades. Olvida sus intereses, se abstrae de su persona y salud, renuncia a todo reportamiento económico, a toda propiedad material; y se dedica a buscar la muerte o la gloria en todos los instantes de su carrera, por sólo rescatar a América. Su fortuna, sus capacidades, sus méritos, destina al servicio del bien social. Considerando esta inmolación heroica, y recordando que, en 1814, nadie piensa en recomenzar la lucha: que el desaliento apagó el fervor con que estalló la primera revolución en sus comienzos; que casi todo el territorio suramericano estaba ocupado por tropas realistas, que sembraban el terror por doquier: que las voces más autorizadas se hundieron en el silencio y que sólo Bolívar, en habla de profeta, pronostica los destinos del Continente, anuncia su redención, cabe asegurar que no es exageración, error ni desatino, el afirmar que el Libertador hizo la emancipación de cuantos pueblos son libres ahora de España: unos por obra inmediata suya: otros, como consecuencia de la misma.

Es de ver cómo, lo hecho y caminado en cuatro años de bregar sin tregua, de padecer, morir ganando victorias y sembrando heroísmos en cambio de sacrificios que no es dable imaginar, empieza, en ese año terrible, a deshacerse como por encanto; los titanes valerosos que, con Arismendi, Bermúdez y otros, molestaban desde los rincones del Oriente de Venezuela al enemigo, no hacen más que irritarle e instigarle venganzas. Los que merodeaban por otros lugares no hacían sino encender el celo realista, obligándole a engrosar sus filas con nuevas tropas y a proveerse de avituallamiento, víveres y armas. Y como vieran los españoles que la época que estaban, era a propósito para dilatar el señorío de la Metrópoli, emplean todos los medios para conseguir este objeto, y apelan al mismo terror, regando la muerte por todos los lu-

gares. Pero viene Bolívar de su expatriación voluntaria: y la faz de los acontecimientos desgraciados, desconsoladores y funestos para la causa patriota, se trueca, de súbito, en una marejada de victorias. Todo anda a tientas mientras el Libertador no llega a dominar el caos producido por el desacuerdo entre los dignatarios; la incomprensión general, la anarquía de opiniones y principios y el sordo rumor del sacerdocio, que en la cátedra, el confesonario y en todos los lugares desataba anatemas contra los libertadores. Entre tanto su prestigio permanece en entredicho, y sus capacidades en prueba de amarguras, se observa que mil voces gritan a una en destemplada algarabía; que millares de pensamientos se encuentran sin entenderse: que infinidad de autoridades se cruzan denuestos, alegando atribuciones y pretendiendo ejercer una jurisdicción que no les confería ni la ley ni la voluntad de los pueblos. Cuando aun Bolívar no descarga la fuerza de su genio, ni su verbo pronuncia el reto contra los insubordinados, las sociedades sólo ven aproximarse la muerte ante sus ojos: la opinión pública se desbarata: la conciencia colectiva sufre quebrantos y menoscabo en su constitución; los ideales se desprestigian y la independencia, en fin, siente desquiciamientos casi definitivos. Pero él manda tocar atención para los pueblos, y esta clarinada resuena en los corazones amonestándoles al orden: estalla en las sociedades quebrantadas con estampidos que convocan a los héroes futuros para la nueva lidia de titanes. Entonces Bolívar impera como supremo distribuidor de ideales. Todo refleja celajes de auroras, porque el Astro que se ha puesto en lontananza irradia fulgores que atraviezan la materia, para quemar el espíritu e iluminar las conciencias. Ante esta transfiguración el vocerío calla, las autoridades se retraen a su propia esfera, la conciencia común se dilata y afianza, y el ideal emancipador magnificado con la nueva fe del Apóstol, torna a ser aliento e inspiración de la flamante congregación de mártires que van a militar bajo su estandarte.

Cuando Bolívar está ausente del teatro de la guerra, los recursos naturales e históricos disponibles para la consecución de los fines que se propusieron los suramericanos, comienzan a menguarse. No hubo acierto en la dirección, y así no los empleaban eficientemente. Con excepción de pocos personajes, dignos de recomendación a la memoria de las posteridades, el clero minaba la opinión de las mayorías adheridas a

la causa patriota, empleando cuanto recurso encontraba a su paso: ya fulminaba anatemas o maldiciones, ya inculcaba el prejuicio relativo al origen divino del Monarca, o ya, en fin, presentaba a los libertadores y patriotas como defraudadores de los derechos reales: en este sentido, las huestes españolas tenían, a esta clase social, como su mejor aliada: las masas, nada seguras y firmes en sus ideas, empezaban a hostilizar a los soldados de la patria, dejándose instigar por la maledicencia y argucia realista: el escaso avituallamiento y la pobre provisión de armas, bagages y municiones, para dotar siquiera modestamente a un ejército que debía medirse con bravas y heroicas legiones; en su mayor parte, el elemento utilizable, horrorizado ante las venganzas y desolación del vencedor, comenzaba a sentir tedio y espanto por la guerra: y, finalmente, la indiferencia de las potencias extranjeras con respecto al desarrollo de nuestros acontecimientos, todo, todo contribuyó a la propagación de la angustia y la desesperación generales y a rematar la magnitud del desastre de nuestra obra sacrosanta. Entonces era el momento en que las sombras del desaliento se habían puesto en los puntos cardinales del continente, cubriendo los fulgores de la primera revolución.

En proporción a la magnitud de las desgracias debía ser la de las fuerzas que las contrarrestasen. Cuanto más difícil, cuanto más hostil era el ambiente y subía de punto la dificultad de la empresa, tanto más grande, más poderoso y eficiente debía ser el conjunto de factores destinados a realizarla; y, en esos instantes, volvían a ser utilizables por la acción del genio, que recomenzó la lucha, haciendo una como recolección de todo lo que antes se había dispersado.

Bolívar continúa su tarea desde 1815 con presteza y resolución sin iguales, poniendo en actividad todas sus capacidades personales. El éxito de la obra no sólo requiere los golpes de su espada, mas aun las nuevas orientaciones espirituales: porque la emancipación no es solo material sino de prácticas, maneras, usos, prejuicios, ideas y pensamientos inherentes al período caduco de avasallamiento. Su ideología importa el nuevo credo para las sociedades: y junto a esta ideología les anuncia nuevas prácticas sociales, nuevos procedimientos, nuevas maneras de vida. Por esta razón comparece practicando modales de tal manera lucidos, de tal modo solemnes que lo denuncian como extraordinario. Esparce su

pensamiento que alumbraba como una luz en los secretos y en los escondrijos, atravesando distancias ilimitadas, que las inteligencias medianas no pueden hacerlo.

Y como caudillo de espada y pensamiento recomienza la lucha, estudiando el modo social y examinando las tierras que ha de recorrer en peregrinaje de victorias. Comienza introduciendo unidad en el sentimiento colectivo: la misma que se resuelve en unidad de aspiraciones, esperanzas, ideales, objetivos. Unifica la opinión de las masas, si no en su totalidad, por de pronto, en su mayoría; el entusiasmo, para él, constituye factor de primera fuerza, que lo despierta con solo hablar a las multitudes con verbo de iluminado. Cuando ha preparado el elemento humano y ha dispuesto todos los constitutivos sociales para la cruenta lucha, enciende una hoguera de fervor libertario en los corazones; y él se transfigura reverberando en medio de esa hoguera celestial. Y es que el genio bolivariano ya está agigantado. Desde el suelo americano toca a la comba azul vuelto una antorcha de estrellas, que no la apagarán ni los tiempos, ni los hombres y, acaso, ni la eternidad. Ante ella se opacarán todos los prestigios: las autoridades le pedirán órdenes, las colectividades le ofrecerán sumisión, los descreídos le prometerán fe: los orgullosos, acatamiento, los ejércitos fervor y adoración. Las sociedades se amoldarán a sus planos de vida: los enemigos le rendirán parias: y los genios como Sucre le ofrecerán inmolaciones a trueque del fulgor que les irradia.

Nuevamente el sol de la libertad se pone en el continente, al tiempo que las victorias de los soldados patriotas, comienzan a desprenderse en torbellino arrollador desde los confines de Venezuela. Absortos los espectadores no saben explicarse cómo han vuelto a ser libres; y entonces corre de boca en boca, la creencia universal de que Bolívar es el agente inmediato de la emancipación, el brazo y el cerebro del gran movimiento que, habiendo comenzado con auspicios efectivos de recursos naturales y sociológicos, fuerzas y circunstancias históricas favorables, sin embargo, llegó a instantes en que estuvo a punto de fracasar, por falta de un pensamiento que le guiase, de una razón superior que le ordenase, de una voluntad, de un entendimiento que, comprendiéndole, interpretándole con lucidez y acierto, le encaminara, derechamente, a su consumación gloriosa.

Por cierto, sin incurrir en exageración, no podemos asegurar que haya habido carencia absoluta de hombres, de valores sociales cuya eficiencia intelectual no fuera garantía, para llevar a cabo la empresa comenzada. En efecto, hubo personas que pusieron a prueba sus capacidades combativas y energías guerreras; que reportaron fama de sus hechos y que aún dieron lustre a sus primeras campañas. Todavía más, hubo mártires y héroes; hubo estadistas y pensadores, jefes como Miranda que lucieron su valor heroico entre los mismos guerreros de la Revolución Francesa. Sin embargo, la revolución suramericana, en cuanto entrañaba problemas complejos y dilatados, que no solo era cuestión de guerrear, sino de reconstruir, de organizar Estados, expidiendo leyes, peculiares al medio social de cada país; delimitar naciones: establecer principios de conducta civil para los pueblos, de seleccionar capacidades, conocer hombres y preparar personales para el ejercicio de las múltiples y variadas funciones públicas; de orientar las multitudes que ingresaban a nuevas fases de vida política y social; establecer nuevos géneros de educación y sentar bases para las relaciones internacionales de los nuevos Estados, requería un pensador formidable, un cerebro magno, una personalidad múltiple que dispusiera de recursos con que atender a esa finalidad sobrehumana. Felizmente, Bolívar, responde a todas estas exigencias; porque es el más vivo factor en que encarnan las corrientes reivindicacionistas, y, como ninguno, es espíritu contagiador de hazañas y heroicidades; y, a la par que toman curso los acontecimientos, su intervención se torna cada vez más necesaria; y así era indispensable, puesto que su conducta y temperamento, síntesis de energías sociales y agentes redivivos de la larga protesta devenida durante los años que tocó a América ser esclava, a más de numen de la guerra, consistían en el acicate enfervorizador de lama hacia todo sentimiento de lo grande. El Libertador fuente de energía, valores, recursos y medios, a cada cual más valioso e imponderable, con ser uno e indivisible, tiene en sí la representación de toda América; de allí es que él solo crea ejércitos, suscita naciones, organiza Estados, arregla gobiernos, proveyendo, con largueza, a las necesidades de los pueblos.

Por eso no es indiferente a la suerte de los pueblos que toca y a la de los territorios que pisa, proyectando combates por todas direcciones, y, en su marcha triunfal, desde el Nor-

te, descende, coronando, cada montaña, cada volcán de América con estupendas batallas, cual si dejase, a las posteridades, motivos evocadores de su alma, en las cumbres de esos majestuosos valuartes de la naturaleza.

Mientras no acierta a pasar rozando con el fulgor de su palabra el ambiente social de los países por libertar, el cálido ardor que a todos agita en el empeño de efectuar por sí mismos su redención, es glacial e inepto con respecto a aquél que su alma sabe despertar. Bolívar es necesario a la gloriosa jornada que tiene en mientes el pensamiento común de América, supuesto que de su poderoso arbitrio procederá el sello que marque a los últimos esfuerzos que habrán de romper las ataduras de la servidumbre. En el Sur, estallan, estruendosamente, Maipú, Chacabuco, ocasionando grandes esperanzas, por los beneficiosos resultados que producen: O' Higgins, Blanco Encalada y otros egregios patriotas, se desatan en proezas; y, sin embargo, esos países caminan lejos de la victoria final, hasta cuando no descende el ejército del Norte, reflejando en los semblantes resplandores del Astro de las batallas. Bolívar no simbolizó los fueros estrechos de un país, de una sola nacionalidad o de un pueblo determinado: su obra y su persona representan al contenido global de las sociedades que habitaban el territorio suramericano: este es el sentir de la opinión científica contemporánea, con el que coincide el verdadero criterio de justicia histórica.

Si recordamos el estado de cosas en el Alto Perú, desde fines del año 1822, veremos que la anarquía amenazaba volver cenizas el voluminoso conjunto de hazañas realizadas por el inmortal San Martín. Dividido el ejército, relajado en su mayor parte, indisciplinado todo él, perdió mucho en valor, resolución y carácter. Gran parte de patriotas peruanos se habían vuelto hostiles, traicionando a la causa común y contraviniendo a sus propios juramentos. Los actos de Torre Tagle y Riva Agüero consumados, a mansalva, en contra de los intereses patriotas aproximaron la ruína. Originaron partidos, dividieron la sociedad y debilitaron las fuerzas, precisamente, cuando el ejército realista señoreaba las comarcas más provistas de víveres, de recursos beligerantes y más estratégicas para su causa. Los esfuerzos del coloso general argentino eran insuficientes, para dominar tanta avalancha de perjuicios y desgracias. En estas circunstancias, a la emancipación, se la veía muy distante. Todo habíase desarregla-

do: en lo económico, en lo político, en lo militar, en lo social dominaba la confusión. Luego, el derrumbamiento de lo edificado a costa de lágrimas, sangre y heroísmos, era inminente. Muchos ilustres pensadores, a quienes el contagio no llegó, buscaban solución y remedio a los peligros: investigaban las causas del inaudito trastorno: se aproximaba a la realidad social con sereno estudio y meditación, y, a pesar de tanta lucidez de pensamiento, de tanta investigación, no se contentaban más que con explicar los motivos, sindicando a varios de lesa traición: y, después, no hacían sino esperar los sucesos que desfilaban en fúnebre cortejo. El sabio Unánue pensó con muchos en orden a que el mal era trascendental: y entonces surgió la resolución general de recurrir al apoyo del Libertador. ¿Quién iba a reencauzar semejante desbordamiento social sino Bolívar?

Los patriotas puros, los inmaculados espíritus que sentían la nostalgia íntima de la pérdida de los primeros heroísmos, de las primeras victorias ganadas, en un solo sentir y en un solo pensar, ocurrieron a Bolívar, y, entre ellos, el más grande, el más egregio, el mismo Protector del Sur. A la sazón, existía entre las figuras sobresalientes, el convencimiento de que la suerte del continente dependía de la obra de Bolívar: filósofos, literatos, poetas, magistrados, legisladores, hombres de valer, héroes y caudillos, coincidieron con este pensamiento: el mismo que aún permanece sin contradicción en la Historia, a pesar de que la crítica histórica ha efectuado severa al rededor de los hechos de la independencia.

Los contemporáneos del Libertador, abundantemente, discurren sobre el valor decisivo de la obra bolivariana. He aquí como pensaron los pueblos y algunos célebres varones. El pueblo de Lima le dijo: «saldréis hollando nuestros pechos, nuestros corazones y destruyendo vos mismo la vida que nos habéis dado». Olmedo, representando al Perú en la demanda de su auxilio, le decía: «Todos los elementos de ataque y defensa acumulados en el Perú esperan una voz que los una, una mano que los dirija y un genio que los lleve a la victoria». O' Higgins se expresaba así: «El Héroe que está haciendo venturosa a Sud América, es el único capaz de llevar a cabo la obra de libertarle con la grandeza digna de su gloria». Sucre, innumerables ocasiones manifestó, en una u otra forma, que: «bajo la dirección del Libertador solo la victoria podemos esperar», y que él era indispensable a la emancipación.

El doctor Camilo Torres, ilustre y venerable patriota granadino, cuya memoria debe ser sagrada a las generaciones, advirtiéndole en Bolívar cualidades extraordinarias, en los instantes que iniciaba su vida pública, pensó respecto de éste, igual que el presidente Petión de Haití. Ambos pensaban de este modo: «la república está identificada a él, y es digno que la suerte del Nuevo Mundo corra encomendada a sus inmensas capacidades. Es el general que hará libre a América». En un escrito de Aníbal Galindo hay lo que sigue: «Señor, tenemos que emprender una retirada peligrosa en presencia de un enemigo aguerrido y valiente, que cuenta dos veces nuestro número y que combatir no sabemos donde ni en qué circunstancias. Si por desgracia, fuésemos derrotados lo que no es probable pero no imposible, ¿quién, si a vucencia cubriera también el deshonor de esta derrota, quedaría de pie, para llamar de nuevo los pueblos a la guerra? El Consejo es de opinión que el General Bolívar debe retirarse de este campamento, para servir de reserva a la América: vucencia sabe que militarmente, el mando de toda reserva se confiere, el día de la batalla, al más digno y más valiente». Y como estas opiniones, hay muchísimas, me abstengo de transcribir otras, sabiendo que las anteriores son perfecta demostración, acerca de la manera cómo juzgaban la actuación del Libertador.

ÁREA HISTÓRICA
DEL CENTRO DE INFORMACIÓN INTEGRAL

La opinión actual no discrepa de la que fue contemporánea del Libertador, en orden a la importancia de su participación en la guerra de emancipación. Por tanto no es ese fervor mágico que nos mueve a venerarle, ante la espléndidez de sus acciones, lo que nos hace concluir en el sentido de que su intervención fue necesaria a la independencia: es la justicia histórica: la lógica de los acontecimientos desarrollados en esa época, que nos induce a pensar de esa manera.

En los instantes que precedían a la batalla de Ayacucho, los jefes más sobresalientes de toda América, acordaron que Bolívar, necesariamente debía ponerse a cubierto de cualquier peligro, porque él era el único baluarte y sostén de los derechos y de la libertad: y que, en una palabra, era él el árbitro de la guerra. Hágase cuenta que la resolución de los generales de América, en los momentos más decisivos de nuestra emancipación, es de sumo valor y de harta elocuencia, ya porque provenía de los jefes más destacados, ya porque, por ser de distintas nacionalidades, representaban la opinión de

sus respectivos países. Ahora, si la misma clase militar mantenía concepto tan elevado y supremo, tocante a la obra del Libertador, en los períodos en que surgieron grandes e ilustres glorias militares ¿no hemos de formarnos la misma idea, después de conocer la situación social, militar, política y económica, por la que atravesaron los distintos pueblos, cuya suerte era desesperada, antes de la participación directa del Libertador?

Si los pensadores, filósofos, magistrados de la época de la independencia mantenían el firme convencimiento de que la suerte de América dependía de la obra de Bolívar ¿no hemos de compartir con ese convencimiento, sabiendo que, al través de una centuria, la Historia, ha conservado impoluto semejante pensamiento, no obstante el desarrollo contemporáneo de la crítica histórica, cuyo escalpelo ha tocado también en buena parte la obra bolivariana?

Nadie conoce mejor que Bolívar los caracteres del medio en que actúa: ninguno calcula mejor que él el grado de energía de las fuerzas sociales: ningún otro interpreta, con la manera exacta que él, el cúmulo de necesidades comunes: nadie mide, con el acierto y la profundidad que él, la gravedad del peligro común y el imponderable concurso de responsabilidades para los directores de la guerra y de los acontecimientos. Sus actos son certeros y decisivos, toda vez que son consecuencias de largo pensar y hondo discurrir en torno de la realidad social, de la psicología colectiva y de las aspiraciones generales, a cuyo servicio se dedica con desprendimiento inimitable. Su preocupación permanente respecto de los problemas sociales que agitan la vida de cada país y su resolución pronta y eficaz; estas y otras cualidades del Libertador son eminentemente socializadoras, que deponen claramente la oportunidad de su apareamiento en el período de la emancipación.

Estos períodos de fuertes sacudimientos sociales, que denotan la transición de una época a otra, a virtud de profundas transformaciones que suelen operarse, en la vida íntima de las sociedades, son infinitamente complejos, a cuyo significado no acceden sino las mentes geniales. En la etapa emancipadora surgieron, como sabemos, dificultades tras dificultades, problemas tras problemas, ya de organización política, civil o militar, ya de organización económica, religiosa o internacional. En orden a las nuevas ideas no había una

opinión absolutamente uniforme: antes de este punto de vista los ánimos estaban divididos: de lo que se originaron corrientes contrarias y el apareamiento de los dos grandes partidos: el realista y el patriota; luego se encontraron de improviso las nuevas costumbres procedentes del nuevo estado de cosas con las primitivas: este choque, el de la división de las sociedades; la contraposición de opiniones, que suscita el encuentro constante y peligroso de pasiones irritadas, y, sobre todo, la labor de algunos realistas que, apoyados por buena parte de gente criolla, se dedicaban a minar la opinión en favor de la libertad, hacían en extremo compleja la vida social. Estos períodos de intenso agitación contienen fenómenos sociales oscuros, manifestaciones difíciles de entender y penetrar: si no aparece el hombre que despeje el caos y ponga concierto en el laberinto, no habrá mente humana, de las de estilo mediano, que pueda acertar con la interpretación de esas sociedades, con la comprensión de sus problemas. De aquí proviene que, por efecto de ley ineludible, emerge el genio individual, en la etapa culminante de semejantes períodos, del seno de las sociedades cuya estructura agitan intensamente factores que las conducen a cambios definitivos. No es indiferente la naturaleza a las necesidades de desarrollo de los pueblos: provee a ese fin con su acción evolutiva, que el genio ejecuta en función del destino que aquella le confiere. Como aparece investido de aptitudes etnológicas, sociales y de las demás cualidades que reflejan las del medio en que nace, trabaja junto con los factores y fuerzas que mueven a la sociedad que va curso de su desarrollo: su acción es primordialmente ordenadora: de aquí es que, en función de la suprema facultad de dirección que le caracteriza, coordina todos los recursos sociales, aprovechando su parte utilizable y economizando energías psicológicas que en los tumultos y en las agitaciones populares suelen malgastarse.

Bolívar, al par que interpreta las necesidades del medio en que actúa, con acierto imponderable, está asistido del supremo don de encauzar los acontecimientos por vía regular: y así nunca se abstrae de considerar la importancia de cada fuerza o factor social: dilucida su valor y extrae el máximo rendimiento para el conseguimiento del gran fin que persigue. De donde sucede que lo moral, jurídico, histórico, económico, sociológico y geográfico le preocupan a cada paso, y de tal suerte,

que, a cada uno, orienta en orden de correlación y armonía con los demás. Cuando actúa entre las multitudes produce milagros: ya dilata los espíritus; ya atiza la hoguera de la libertad en los corazones; ya promueve sacudimientos de fervor libertario en las conciencias; ya enciende lumbre en los cerebros oscuros de tanto prejuicio que los domina; ya quema a las almas con su verbo de fuego divino; ya las confunde en un corazón, en una inteligencia y en una voluntad que, a trueque de heroicidades, se acercan a él, impolutos, acrisolados, para hacer la siembra que les ordena en los campos del continente con abonos de sacrificios y cultivos de poemas, que las generaciones aprovecharán por los siglos de los siglos. Para entidad representativa no le falta nada: la actitud heroica le envuelve con estampidos que en fragor sublime estallan; la abnegación, es su sello; el denuedo, su blasón; el desprendimiento, regla de su conducta, junto con el intenso sentimiento de felicidad común que le domina; a punto que, en él, aparece en exhibición total, representada la etnología suramericana. Nació en los instantes que sordos sacudimientos convulsionaban el continente: y fue porque vino a cumplir la decisión de leyes históricas que, fatalmente, ejercen imperio cuando la humanidad se empeña en efectuar dilatadas jornadas de perfeccionamiento.

El Libertador ausculta el seno de nuestras sociedades, porque él está ligado a ellas, mediante vinculaciones afines; estudia su constitución social, examinándolas en el decurso de tres centurias: estudia a su América en el pasado, en el presente y en lo porvenir: y el resultado de tanto pensamiento expone ya en proclamas, ya en discusiones, ya en cartas, con el mote de: «adivinación del futuro político de América».

La susрте de esta parte del Universo le preocupa, le obsesiona en todos los instantes de su vida, que la pasa entregándose a profundas meditaciones, en forma que sus actos y obra intelectual consueñan, en un todo, con el sentir de las necesidades del medio social en que nace.

Desde comienzos de la segunda mitad del siglo XVIII, el temperamento general de la colonia, sigue otras corrientes de vida, adoptando aspiraciones y esperanzas de conseguir nuevo orden de cosas. El sentimiento jurídico del suelo, arraigado entre los criollos, acaso, desbroza las rutas para el desarrollo de las nacionalidades suramericanas, originadas en el sentido étnico de la división de razas: la europea y la ameri-

cana. Esta suscitó intereses contrapuestos con los de aquella, creyéndose asistida de mejores derechos en orden al territorio que los españoles europeos. Buscan ser libres los pueblos como los individuos, con la idea de asegurar mejor su vida, en una esfera de bienestar, incompatible con todo género de subordinación y avasallamiento. La idea de autonomía acariciada, quizás, instintivamente, desde antaño, es concreta y aclara con estos antecedentes. Luego los distintos puntos de vista sostenidos por criollos y españoles europeos fomentan la discordia y la desconfianza, enardecen las pasiones de distanciamiento entre los dos órdenes sociales. En esta forma, los factores de la emancipación, comienzan su desarrollo al través del vivir tranquilo y apacible de la colonia.

A fines del mismo siglo, los anhelos comunes de liberación, venían exteriorizándose, a despecho del control y vigilancia españoles. Las más veces se hablaba en público de libertad, independencia, patria, etc.; y en privado eran tema obligado de las conversaciones, que se desenvolvían en un ambiente favorable y entusiasta. La apacibilidad y quietud de antaño iban desapareciendo y abriendo paso al desasosiego e inquietud que producían las nuevas ideas. La aristocracia criolla auspiciaba fervorosamente su desarrollo, empleando medios que no solivianten el celo realista. Menudean las fiestas privadas y los convites entre las familias más destacadas, que ponen a discreción de quienes buscan desahogo y esparcimiento patriota, sus salones fastuosos y plenos de luz.

A medida que se propagan las nuevas ideas, la opacidad del horizonte colonial, cede camino a los fulgores del nuevo porvenir que se le aproxima. La era de subordinación absoluta camina a su ocaso lentamente, al par que el pensamiento colectivo despunta más claridad en el ambiente.

Nadie ignora que la nueva patria debía ser cara, que vendría a hacer residencia en nuestro suelo, a costa de sangre, a trueque de sacrificios, en cambio de abnegación, y a precio de vidas humanas que han de inmolarse en calles, caminos, plazas, ciudades, océanos y mares, alturas y abismos. Pero este pensamiento no espanta a nuestros ascendientes que acechan la oportunidad, para impresionar al mundo, con una nueva etapa de martirios.

Entonces la gesta epopéyica empieza sin tropiezos ni dificultades. Los ánimos individuales, sienten instigaciones se-

cretas hacia el denuedo y la heroicidad: columbran la guerra reivindicacionista con el bravo ademán que las legiones resueltas esperan la lucha. Ejercen el apostolado político de la prédica libertaria los espíritus más dilectos, en medio de zozobras infinitas, encarándose con la muerte y recibiendo el vilipendio y la diatriba a cada paso que adelantan, a cada acto de la misión que cumplen.

A esta guisa iban su camino nuestras sociedades, sintiendo el hálito de la tragedia futura en el alma: iban resueltas, caminando la ruta evolutiva que la ley de perfeccionamiento les señalaba. Y en estas sociedades debía nacer la suprema entidad que les dé la nueva Ley, desde el atalaya de la gloria.

Como vemos, la atmósfera social indicaba el fuerte movimiento interior de factores múltiples hacia la emancipación: las manifestaciones exteriores reflejaban fielmente la agitación interior de los pueblos. Revoluciones, levantamientos, encuentros de partidos, exasperación, enardecimiento de pasiones y la inclita labor de los precursores que, al igual de profetas, anuncian cosas desconocidas para los más, constituyen esa demostración.

En los días del nacimiento de Bolívar, la vida de las sociedades coloniales no era menos intensa, inquieta e intranquila; y ni podía serlo, toda vez que el desarrollo social impulsado por factores naturales sigue su curso, hasta cuando la energía de éstos lo imprima movimiento. Y a ese tiempo la nota de rebeldía distinguía a las altas clases sociales, que reclamaban y protestaban contra la injusta subordinación de sus países a la realeza española. Definidos mejor los caracteres etnológicos de la raza americana, por efecto de la adaptación de tantos años al suelo y las demás condiciones físicas, acaso era oportuno que, a las postrimerías del siglo XVIII, surgiese su entidad representativa, con fuerzas y facultades de reivindicar sus derechos y rescatarla de la servidumbre.

Si convenimos que «el genio recibe la iniciativa de la nación y de la raza», parece a propósito el nacimiento del Libertador, en ese período que representa el mayor grado de desenvolvimiento emancipador. La guerra de redención se aproximaba, y los elementos que venían preparándola, entonces, aumentaban el ardor y entusiasmo de las almas que la aspiraban como su más caro ideal. En Caracas, la familia

Bolívar, no puede substraerse a ese luminoso influjo: a su hogar afluyen los patriotas convencidos: a él concurren los patricios que imaginan a la nueva patria, tan grande y pura como sus corazones: en la casa de los Bolívar hay un santo hervor de patriotismo y un ambiente de libertad tan desconocido, que todos lo aspiran, sintiendo que después se vuelve el hálito de heroicidad, resplandor de sacrificio y fragancias de martirio. Ese hogar de rancio abolengo tiene relación íntima con un pasado egregio, en el que figuran héroes desde los tiempos del Cid. Estirpe de bravos lidiadores en justas sin segundo, cuyas hazañas forman el rico caudal de inclitas tradiciones. Miembro de este tronco, el Libertador, nutrido y crecido en solar americano, volverá a cubrirlo con el ramaje que denote la exuberancia de las nuevas tierras, produciendo el fruto destinado a alimentar el alma de las generaciones.

De esta suerte, el Libertador, aparece íntimamente ligado al medio, cuyas virtualidades representa en el ejercicio de sus inmensas facultades. Eminentemente representativo, al espíritu bolivariano, le agitan energías que no acierta interpretarlas hasta cuando, penetrado de su destino, repercute en su interior el sentimiento de las sociedades atormentadas por la secular coyunda. En el lapso de su vida privada no encuentra la calma que busca: siente desasosiegos inexplicables. Acaso le mueve un poder misterioso, cuya existencia aun advierte. Tiene ratos de intranquilidad infinita, de congojas y sobresaltos, de angustias y anhelos insólitos. Deja su reducida esfera de acción, y, al pronto, le asaltan ambiciones inmaterialidades desmedidas: si de él dependiera recorrería el universo devorando distancias como el águila.

Pero antes de comenzar su obra camina, al parecer, de errante y vagabundo, entre Europa y América, haciendo vida de fasto; pero su espíritu no vaga al acaso, porque a las sociedades que toca, estudia y examina. Su genio abrió temprano el libro de la naturaleza en que estudia las grandes verdades, libre de las hipótesis y de las doctrinas ajenas; como futuro libertador, aprende primero a libertarse de las torturas del pensamiento de otros, discurriendo por las páginas de ese famoso libro con sin par atención e independencia. Su espíritu no da tregua a su carrera: y, como las grandes almas que desde Sócrates se han sentido atormentadas por esa especie de demonio celeste, él, también, oye que golpea a la suya, la inmortalidad, mediante la voz de Dios que le

llama en su destino. Está en Europa, y la sombra de América le vigila, haciendo la vela de su genio tutelar.

Cuando varios escritores creen hallar en su temperamento influencias del René de Chateaubriand, a virtud del desasosiego que le domina, seguramente, no son las susceptibles de ese personaje imaginario, orígenes de ese malestar febril: es su genio ávido de volar, quien tal papel hace, prediciéndole, quizás, la aproximación de los sacrificios y de su amarga inmolación. Por esto, en sus horas silentes, debió impetrar a su destino: «retira, si es posible, retira de mí esta misión»; mas como vino con fuerzas para acometerla y los designios de Dios son indeclinables, habrá de cumplirla.

Desde que traspasa los límites del nivel ordinario realizando actos que abisman a las gentes, aparece marcado el sello de la redención en su vida. Por tal constituye el símbolo de todas las angustias, de todas las agitaciones orladas de fulgor heroico, que la protesta de cien pueblos, origina en demanda de sus atribuciones racionales. Los sucesos que individualizan el movimiento emancipador, el tono heroico que envuelven sus principales episodios, la magnitud de sus hazañas y los matices de sublimidad que ostentan se reflejan en la gama de valores morales, así como en la múltiple personalidad de su genio. Nada de cuanto atañe a la independencia suramericana, está fuera de la jurisdicción del espíritu bolivariano: desde el ambiente físico que fue asiento de la magna lucha, hasta la naturaleza psicológica que transformó en epopeya a ese acontecimiento social. La unidad de fines y el acuerdo común para alcanzarlos: los arrestos de la lucha, el valor de los guerreros y el denuedo de las ínclitas legiones, todo, todo sale, en exhibición primorosa, a representarse en la imaginación, el pensamiento, la sensibilidad y el brillo de esa entidad gigante.

América, imponente y grande, cuando le cobija toda la luz del firmamento; recamada de océanos y de mares festoneada con los hilos de plata de sus ríos las esmeraldas de sus campos y la nieve de sus montañas, toda entera, estámpase en la faz espiritual del Libertador. Se abstrae de sí mismo al instante que culminan los peligros y amenazas contra los pueblos y se identifica al continente en sus padecimientos y en sus glorias. La felicidad común de América es su credo la coloca en el ara de su corazón, como Sumo Pontífice del apostolado heroico. Considera con devoción las cosas que

afectan a la sociedad: y cuando rechaza los martirios inferidos a la colonia, su verbo centellea, convirtiéndose en el más grande vengador de los desconocidos. Al tiempo que la protesta común se reparte en tempestades de fuego, la de Bolívar fulmina rayos que hacen estremecer al continente.

Sus eminentes cualidades que se caracterizan por grados imponderables de eficacia y resolución, hacen ver que Bolívar fué indispensable a la emancipación, la que, de haber seguido solo el curso natural y evolutivo de los acontecimientos, no habría llegado a término, sin dar señas de completarse, sino al cabo de otro largo interregno fatal a nuestra liberación.

La consecución de la finalidad perseguida desde antaño por las sociedades coloniales, mediante lento, pero visible desenvolvimiento, parece que no dependiera sino de la acción de una gran fuerza psicológica sintetizadora, interpretadora y ordenadora de los factores de la etapa evolutiva llegada a su más alto grado de desarrollo.

Decía que la índole social del medio, para fines del siglo XVIII, había variado con mucho de la de los períodos anteriores: y como la influencia del medio es innegable sobre el temperamento humano, la dialéctica del desarrollo personal del Libertador hubo de acomodarse a ese influjo, a la acción del medio en que estaba. Entonces ya no ocurría que: «de seis en seis meses la lectura de las gacetas de España, en casa del Gobernador o del Obispo, es una especie de distracción periódica que agita levemente en las ciudades principales la superficie de la sociedad principal».

«La jura de un nuevo soberano, posesión de un virrey o de un arzobispo causan una sensación profunda que hace época en los anales de la colonia, la fundación de una iglesia, de un nuevo convento, o de alguna casa de beneficencia, son empresas extraordinarias que vienen, de cuando en cuando, a promover conferencias animadas y detenidas discusiones. Los partidos que no faltan donde quiera que hay hombres, deben su origen y movimiento a la elección de un Provincial de Santo Domingo o de la Merced o a tal competencia entre la autoridad civil y la eclesiástica, que se decide de ordinario a favor del trono, aunque la opinión se incline al lado opuesto». Al terminar aquel siglo no sucedía lo expuesto, y, como digo, las cosas habían cambiado: las sociedades experimentaban nuevo ambiente: el espíritu público comenzaba a seguir

nuevas direcciones; de consiguiente, el Libertador, que desde niño, había oído tertulias concernientes a una posible emancipación en su misma casa, a la que asistían personajes de reconocido valor intelectual; y que después llegó a ser el centro, el lugar de cita de todos los patriotas que hablaban y discutían asuntos del Contrato Social de Rousseau, que frecuentemente se enfervorizaban tratando de las ideas de la libertad, democracia, soberanía del pueblo, etc., ¿cómo no hubiera recibido la acción de esas influencias, cómo no hubiera desarrollado su espíritu asimilando el aliento patriótico de los próceres y ascendientes que le rodeaban? Se contagiaba de esa fruición ingenua, sintiendo, quizá, poblarse su mente de la nueva ideología.

Para explicar mejor la afinidad de las dotes del Libertador con las principales modalidades del medio en que aparece, juzgo necesaria una explicación relativa a las causas generadoras del genio: y aventuraré darla. El azar que, a primera vista, parece presidir el aparecimiento de hombres extraordinarios, no existe. En el universo no hay nada que provenga sin causa: y en la vida de las sociedades no se concebiría movimiento alguno, sin la acción de causas que, conocidas o no, brotan de la estructura de aquellas. Un hecho social, así fuese insignificante, arranca de causas, que pueden o no ser explicadas, según haga o no conocimiento de su naturaleza. La acción de los hombres extraordinarios en el medio social de que son parte, implica un hecho trascendental que acelere el curso de los acontecimientos hacia puntos fijos, definidos, en que remata el desarrollo de las sociedades con el éxito que asegura la intervención de los genios. No pueden venir, éstos, al acaso, ni la naturaleza puede distribuir desaceradamente cualidades geniales, abstrayéndose de las leyes que rigen en el orden de las cosas. Sabido que determinados periodos de la historia humana que revelaban cambios definitivos en la vida de las sociedades, requerían un raro vigor intelectual, un gran carácter que esclarezcan y dominen las complejidades de los nuevos problemas, es de convenir que la gestación y vida de los genios son determinadas por causas y antecedentes que, acaso, guarden conexión con los factores que imprimen desarrollo a las sociedades.

La formación del hombre superior, cuyo nacimiento coincide con las transformaciones de fecundos alcances en el desarrollo social, debe ser el resultado de varios antecedentes

que operan, quizás, en una esfera desconocida de lo social. Conociendo que el medio determina la forma de vida de los individuos: que la acción de la herencia es innegable en la sucesión de las generaciones: que las manifestaciones sociales que, inmediatamente preceden al nacimiento del genio, influyen en la constitución de su temperamento, no sería muy aventurado sostener que todos estos antecedentes concurren a determinar el apareamiento de esos entes superiores.

Seguramente deben ejercer acción en circunstancias favorables y en el seno de una familia, cuya estirpe cuente con miembros que ejecutaron hazañas ínclitas, obras legendarias capaces de constituir tradición brillante. La familia, en cuyo desenvolvimiento, participan aquellos elementos, a su vez, debe mantener pura e impóluta la fama de sus mayores: y la prestancia que da lustre a ese abolengo no deben traerla a menos con actos y maneras que lo menoscaban. El nivel de los descendientes debe compaginarse con el de compostura, severidad, altas costumbres y pulcras maneras que, en el pasado, ocuparon sus ascendientes. Conservarán el mismo timbre de honor y gloria que blasonan el nombre de la estirpe, porque de esta suerte permanecerá, al través de algunas generaciones, el mismo afán de perfeccionarse, ganando en desarrollo moral, junto con la consecuencia al modo de ser de sus antepasados. La transmisión de prácticas nobles y generosas, de elevadas costumbres y austeros modos de pensamiento entre los miembros de una ascendencia común asegura la delicadeza del espíritu y su positivo perfeccionamiento ético.

En este sentido la acción de la herencia puede ser eficaz en la generación de los hombres superiores: y, de este punto de vista, quizás no pueda ser despreciable la limpieza del linaje, si el afán de conservarla del mismo modo, ha caminado, a la par, con el propósito de hacerlo servir a fines de beneficio social: pero como raras ocasiones, las dos finalidades, caminan juntas, a virtud de que la primera, es decir, la que propende a mantener la pureza de la sangre, obedece sólo a sentimientos de vanidad, no se la puede incluir entre los factores de primer orden.

De donde sucede que sólo la aristocracia verdaderamente espiritual, traducida en méritos y en virtudes públicas y privadas, debe ser la preferida por la naturaleza para enriquecerla con esas privilegiadas figuras que llamamos genios.

En este caso, el valor de esta clase de abolenos habrá de medirse sólo por el género de virtudes morales y estéticas que entrañan. Se arreglan a un criterio de conducta tal, que, necesariamente, les inclina a buscar medios de esmerado acabalamiento y dignificación espiritual: de donde viene a suceder que cuidan con solicitud el vigor y robustecimiento físico de su organización, para el ejercicio cumplido de sus capacidades psicológicas.

Está probado que las costumbres, en cuanto son buenas y dignificantes, constituyen parte de los motivos que influyen en el perfeccionamiento del linaje. La suerte de los antepasados, sus modalidades y prácticas de vida se reflejan en sus descendientes. Y así como el desarreglo moral, junto con la vida muelle y desordenada de sus mayores, producen degeneramiento y todo género de postraciones psicológicas y fisiológicas en las generaciones posteriores, la vida nítida y ejemplar de sus antepasados, transmitida al través de éstas, informa y moldea el temperamento y carácter de uno de sus miembros que trae aptitudes brillantes, para el pensar, hacer y ejecutar, en medio de un constante elevamiento espiritual.

Pero el medio no puede ser indiferente en este caso, habida cuenta de su acción directa e inmediata sobre la formación de los seres en general: los caracteres peculiares del ambiente físico suscitan formas especiales de temperamento en los individuos, así como los del ambiente social imprimen sus principales modalidades en la índole psicológica de los habitantes: de consiguiente, la acción de la herencia no puede ser la sola energía generadora de los hombres superiores en un momento histórico dado: y, hasta cierto punto, vendría a ser ineficaz sin la cooperación de los demás factores que, en un momento determinado, concurren a ejecutar, con aquella, función solidaria de preparación, en una etapa histórica que los acelera y empuja a la producción de su obra. La naturaleza no debe, por lo mismo, proveer, indistintamente, cualidades geniales, fuera del ciclo de leyes máximas que rigen el orden del universo: y así la compensación, de su parte, es ineludible, a cuya virtud se ha notado siempre la existencia de esa como ley de selección natural relativa al elemento humano en la vida de las sociedades. Se pronuncia a favor de quienes no han contravenido las leyes que regulan la esfera moral; la temperancia, la sobriedad, en lo físico, dan resultados benefi-

ciosos en la organización, haciéndola fuerte y robusta. El ejercicio cotidiano de virtudes generosas, da como resultado el vigorizamiento espiritual; de suerte que, una familia linajuda, que ha puesto esmero en mantener con la misma limpidez de antaño los títulos y virtudes de la estirpe, encontrándose en momentos históricos favorables, puede resultar elegida, para que alguna de sus generaciones produzca un ente extraordinario que, entre sus cualidades fulgurantes, cuente con las que interpretan, reflejen y sintetizan las del egregio abolengo a que pertenece.

Las leyes naturales son inquebrantables, y sus transgresores pagan caro el delito: los humanos que las conculcan reciben el condigno castigo, mediante flagelos que degeneran y menguan la familia: esa serie de idiotas, cretinos, degenerados y más desventurados de este jaez, están denunciando los torcimientos, vicios y prácticas indecorosas que, sin duda, guiaron la conducta de sus ascendientes. El aparecimiento de un genio, a su vez, revela con claridad, una prosapia espiritual de invalorable importancia por sus méritos y virtudes.

Podría creerse que, no siendo corto el número de familias, cuyos troncos comunes merecieron estimación y respetos de sus semejantes, en fuerza de su noble linaje espiritual, tampoco los genios han debido ser escasos en la Historia; mas venir en este pensamiento no sería lógico, por cuanto el valor y lustre de una progenie no podrían medirse con las cualidades sobresalientes de otra: siendo los valores éticos en las familias, susceptibles de más o menos, no sería cuerdo convenir en una nivelación absoluta de rangos y linajes de alto significado espiritual: la humanidad representa una escala indefinida de valores morales y espirituales, en la que hay abolengos ilustres que unos sobresalen más que otros, en el pasado, y, descendencias, que también descuellan unas más que otras, en mérito de su perseverancia en la práctica de las virtudes morales y en el ejercicio del talento.

Con respecto al Libertador, no obstante los estudios eminentemente científicos llevados a cabo por el distinguido escritor venezolano Dr. Carbonell y los no menos científicos del Dr. Arcaya, según mi modesto criterio, juzgo que su advenimiento aconteció como efecto de los motivos y antecedentes ya enumerados. Por cierto la ciencia Psicopatológica está muy desarrollada, y, acaso, sus enseñanzas producen mucha luz en ciertos problemas biopsíquicos que, esclareci-

dos y explicados ampliamente, serán fuentes de verdades en la vida humana. Pero como aun sus principales conclusiones arrancan de hipótesis, las relativas a la generación del genio y su constitución física y psicológica, deben admitirse con muchas reservas. Por esto me permito no abandonar mi punto de vista, aunque los estudios psicopatológicos del Dr. Carbonell, me infunden respeto y admiración.

Es sabido que el Libertador procedió de prosapia linajuda y brillante. Pertenece «a familias de hidalgos formados en el batallar constante de la Edad Media». Por la línea recta de varón hallamos la de su apellido, Bolívar, antiquísima en el solar vasco, cuyo nombre recuerda en lengua éuskara la pradera y el molino, instrumento de vida de los primitivos iberos: de allí proviene el escudo antiguo de sus armas, la rueda de molino sobre plata que luego trocaron en faja azul, con panelas (corazones) sobre verde, símbolos heráldicos del valor guerrero y de las heridas recibidas en el combate. Por mujeres encontramos otras viejas familias castellanas y vascas, como la de Villegas, de que hubo esforzados combatientes en las Navas de Tolosa, las de Palacio, Sojo, Ponte, Guevara, casa que en sus comienzos disputó la primacía a los condes de Castilla y después dió asunto a la musa del romancero: Samaniego y algunas más que todas debieron su renombre al esfuerzo desplegado en la magna cruzada contra los árabes». Estas bellísimas frases son transcritas de un estudio científico del doctor M. P. Arcaya. Sin duda, este respetable sociólogo, ha hecho investigaciones serias en orden a la progenie bolivariana. Y quizás las hizo con el propósito de explicarse satisfactoriamente el valor de la acción de la herencia de los antepasados de Bolívar en las cualidades de éste. Debíó perseguir esta finalidad el doctor Arcaya; pues, de estas palabras que expone en el mismo estudio: «era la de Bolívar una naturaleza anormal en su alma por el atavismo étnico originado en la similitud que sus cualidades fundamentales guarda con la de sus lejanos antepasados, se trasluce ese mismo objetivo: con sólo que, el doctor Arcaya, ha observado de diverso modo a las cualidades del espíritu bolivariano, considerándole una naturaleza anormal en su alma por el atavismo étnico, etc. No se compadece esta conclusión con las palabras que describen su genealogía: ni es aceptable que una naturaleza anormal asuma caracteres de una psicología equili-

brada hasta lo sumo: si convenimos que lo anormal implica confusión, irregularidad en la manera de ser de los hombres, el tal concepto no es aplicable a las aptitudes del Libertador, que, habiendo procedido de abolengo invicto, no desmintió con sus actos, su procedencia, que, al contrario la inmortalizó, colocándola entre las generaciones más ilustres de la Historia humana. Los Bolívar, Palacio, Sojo, Ponte, etc., cerraron el ciclo de sus generaciones con el advenimiento del más puro blasón de su estirpe que, a fuerza de escalonar las cimas, ganó asiento en el seno de los concilios de la eternidad, donde preside los comicios de los dioses.

(CONTINUARA).



ÁREA HISTÓRICA
DEL CENTRO DE INFORMACIÓN INTEGRAL